



MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 - Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 - Madrid

VOLUMEN XXXVII

MADRID, 21 DE ABRIL DE 1962

NUM. 121

Depósito legal: M. 1.052.—1958

« TRIBUNA LITERARIA »

M A N U E L

JUAN GUILLERMO

No dijo nada, ni el más leve sonido salió de su boca.

Soltó el pesado martillo y se quedó mirando, avergonzado, la mano. La muñeca de la mano izquierda era un amasijo sanguinolento. En seguida empezó a sangrar, salpicando de redondas y estrelladas manchas rojas el gris incierto del granito.

Se arrastró hacia atrás, sobre el trasero, echando todo el peso del cuerpo sobre el brazo derecho apoyado en el suelo, hasta alcanzar la sombra escasa de la enclenque encima. Recostó la espalda en el arrugado tronco, cun-sado.

Sujetándolo con dos dedos, desplazó hacia la coronilla el sucio sombrero y, sin soltarlo, se ras-có, inclinando la cabeza y entor-nando los ojos, el enmarañado gris-amarillento cabello. Luego lo puso a su lado, en el suelo.

Empezó a dolerle la herida.

Pensó que no podría moverla de allí, quieta, sobre la pierna extendida, el dolor provocante subiéndole por el brazo hasta la axila.

Se acordó del cubo en el que ponía los escoplos recalentados; lo tenía cerca; solo tuvo que le-vantar la mano un palmo para dejarla caer en el agua tibia.

—¡C...!—dijo.

Se había lastimado contra el hierro de las herramientas sumer-gidas, pero en seguida sintió ali-vio. No veía la mano a través del agua turbia, y le distrajo, sor-prendido, el redondel de sangre que quedó flotando en la super-ficie.

Se dio cuenta que tenía una mancha oscura un poco más arri-ba de la rodilla, en medio justo

de un remiendo desteñido. La to-có. Estaba dura. Trató de limpiar-la rascando con la uña del me-ñique. La mancha se volvió de un rosa sucio.

Le apeteció fumar. Intentó, esti-rando mucho el brazo, llegar has-ta el bolsillo de la chaqueta, col-gada del muñón de una rama se-ca, un poco más arriba de su ca-beza. De pronto recordó aquella colilla que había recogido esta mañana del plato de su sobrina. Buscó en los bolsillos del chale-co. Era más de medio cigarrillo, de esos largos, con filtro blanco. Lo acercó a su nariz, tratando de oler la leve huella de rojo de la-bios que manchaba la boquilla, y se lo puso entre los abultados la-bios.

—El chisquero está en la cha-queta—pensó.

Levantó otra vez el brazo todo lo que pudo. No llegaba. Llevan-do todo el peso sobre la nalga iz-quierda consiguió despegar la de-recha unos centímetros del suelo. Fue lo suficiente para que sus de-dos engancharan una punta de la chaqueta. El último tirón, furio-so, le hizo apoyar la mano heri-da en el fondo del cubo, y el mis-mo dolor, exasperándolo, crispó los dedos asidos a la tela... Le ca-yó encima. Permaneció inmóvil, respirando afanosamente en la oscuridad rancia y acre de la prenda, sintiendo de pronto un calor sofocante y cómo le baja-

ba por detrás de las orejas el cho-rrero de sudor frío. A la altura del cuello de la camisa cesaba el cos-quilleo. Se la quitó de encima len-tamente. La luz, cegadora, le hizo cerrar los ojos un momento. Res-piró hondamente. Del bolsillo in-terior sacó el mechero y, torpe-mente, manejándolo con la mano útil, consiguió prender la mecha. Lo acercó a su boca y se dio cuen-ta de que solo le quedaba el ta-quito del filtro entre los dientes. Lo escupió. Encontró el resto en un pliegue del pantalón. Lo en-cendió y apagó la lumbre aplas-tando la mecha entre los dedos. Después de pequeñas y rápidas chupadas aspiró una buena boca-nada y a medida que iba soltando el humo por la boca y las narices fue apoyando de nuevo la espal-da en el árbol, exhausto.

Miró ante sí el breve campo, entre las polvorientas encinas de transparentes sombras. Los ras-trojos al sol del mediodía rever-beraban y la tierra exhalaba su aliento translúcido en un fuego sin llamas. Dominándolo todo, co-mo llovido de los árboles, el chi-rrriante y luminoso silencio de las chicharras.

Hacia rato que notaba un in-tenso cosquilleo en la palma de la mano, que aún sostenía el chis-quero. La tenía puesta encima, ca-si, de un hormiguero. No la mo-vió. Se quedó mirando el ince-sante trajín de los insectos en-trando y saliendo en el agujero. Las hormigas...

—“¡Hormiguita!”—se acordó de su hermano Ramiro.

El mismo le había puesto el apodo por el que le conocían mien-tras vivió. Se acordaba muy bien...

—Cuando nos marchamos del pueblo, pensábamos recorrer los caminos mientras aguantaran las

Anasterona®

Anaboli-zante Proteínico

bicicletas en las que montamos nuestras cosas de afiladores. Ramiro, desde el primer día, con su manía de recoger todos los hierros viejos que encontraba, me hizo pensar en las hormigas. Le gustaba que le llamaran así. Yo me burlaba al principio, pero cuando nos dieron unos cuantos duros por un montón de chatarra me entró también la manía. Fuimos por los caminos, carreteras y aun a campo traviesa afilando todo lo que nos traían, e incluso haciendo otros menesteres cuando apretaba el hambre.

Fue en un pueblecito de León, llegado el invierno, en el que yo hice por primera vez de cantero y Ramiro de albañil. Pasamos allí cinco meses y lo pasamos bastante bien, a pesar del maldito frío. A él se le ocurrió lo de ponernos debajo de la camiseta, arrollados al cuerpo, unos periódicos; ¡y que abrigan un ruto! Sí, ya lo creo que lo pasamos bien. No nos faltaba nunca trabajo con el que darnos la comida...

En una ocasión salvamos a la niña del Rogelio de morir en el pozo negro que había detrás de la cuadra. Pasó un domingo por la mañana. Estábamos aún tumbados en la paja, cuando oímos un ruido a madera rota y el grito de la pequeña. "Hormigueta" se fue derecho al pozo. Las tablas que lo cubrían estaban hundidas. Arrancó los restos y agarrándose como pudo a las piedras salientes bajó por el agujero. Al ver que lo perdía de vista, le grité: —¡Ten cuidado, Ramiro!

Una voz, que no me pareció la de mi hermano, subió como un estampido hasta mi cara:

—¡Echa una cuerda, c...!

Solté un cabo gordo, arrollándome el extremo a la cintura.

—Ponte de pie sobre el muro y tira despacio, por el centro.

Jalé poco a poco, y antes de ver la nena me pegó en las narices una peste que me cortó el resuello. ¡Cómo venía la pobre-cilla! La dejé en el suelo y soltando la punta que tenía ama-

rrada a la barriga la volví a largar abajo. Ramiro salió cubierto de porquería hasta el cuello. Pasado el susto, nos divertimos mucho mientras les echaba cubos de agua por la cabeza. Rogelio nos tomó cariño y nosotros a él. Era viudo y solo le quedaba esa hijita de ocho años. Nos dio una habitación en su casa y sentó a su mesa, pero nosotros le pagábamos con nuestro trabajo. Con él se hizo mi hermano un albañil de primera y yo, un cantero cabal...

Cuando le dijimos que estábamos decididos a seguir ruta, se disgustó de veras y llegó hasta ofrecernos que repartiéramos las ganancias...

El día de San Juan, al amanecer, sacamos de la cuadra las bicicletas. Ya en el camino vecinal las montamos y sin mirar una sola vez hacia atrás pedaleamos un buen trecho furiosamente.

A finales de aquella primavera paramos en una aldea, a orillas de un río, cerca de Salamanca.

Con nuestros ahorrillos nos permitimos el lujo de meternos en casa de una viejecita que vivía al final del pueblo. Nos dio una habitación con una cama uncha, de esas altas que usan en Castilla y en las que se hunde uno. Cuando encendimos el cabo de vela para acostarnos nos quedamos alelados. Las paredes estaban cubiertas de las cosas más raras que se pueden colgar de un clavo. Había una garrota, un par de alpargatas viejas, un cinturón como esos que llevan los soldados, una faja murgrienta, una pipa, unos pantalones de pana negra desteñida, una chaqueta llena de remiendos, una boina, una camisa plagada de zurcidos y manchas canela, un pañuelo rojo extendido y sujeto con cuatro puntas, de los que se llevan al cuello..., y el chisquero junto a la vejiga llena de picadura..., la bota desinflada y reseca... ¡Demonios, lo que allí había! La vieja nos dijo que eran cosas de su hombre, apuñalado en una riña... ¡Ah! La sobrina, la jorobadita, la vi al día siguiente, sen-

tada en una sillita baja, a la sombra del emparrado medio derruido que cubría un trozo de corral. Estaba haciendo uno de esos endiablados chismes que le duermen a uno con el ruido de los palillos amarrados a unos hilos y que se pasan todo el día enredando.

Sin parar el juego de los dedos levantó la cara. Era guapa, con una de esas caras redondas y limpias. La joroba alta, casi en el cogote, asomaba detrás, por encima del espaldar del asiento...; no creí que lo de Ramiro y ella fuera en serio hasta que una noche..., a la luz de la vela, vi a mi hermano y a la muchacha haciéndome señas de que me vistiera sin hacer ruido. Ella puso un papel escrito encima de la almohada y "Hormigueta" un billete de veinte duros. Nos alejamos por la carretera, dándole sin parar a los pedales, el resto de la noche... A Teresa la llevó Ramiro sentada en el cuadro de la bicicleta... Hasta llegar a Villalba, aquel verano no hicimos noche en ningún pueblo...; dormíamos en medio de los trigales, y aunque ellos se alejaban para dormir juntos yo les oía a veces reirse... El tomó manía a Teresa; sentía celos... Con el tiempo llegué a quererla... "Hormigueta"... Villalba... Si me sorprende el Emilio..., tengo que labrar esas piedras...; que lo haga él...; estoy harto...; ¡cincuenta años...!

De pronto aquel frío, subiéndole desde los pies como una marea, oprimiéndole el pecho hasta sacarle el último resuello, y aquella sequedad agobiante en la boca, como si por la garganta le subiera un hálito de fuego.

En la pavorosa oquedad de su cerebro se hacía un vacío abismal... Y la lucecita huyó vertiginosamente, dejando tras sí la noche eterna.

Insólito, en la paz del atardecer se oyó el traqueteo de un motor. La camioneta se paró, levantando una nube de polvo blancuquecino. Saltó de la cabina un hombre joven, bien plantado, rubio, en mangas de camisa. A gran-

CORTICOTERAPIA SIN RIESGO DE EFECTOS SECUNDARIOS

CORTIDEN®

Frasco con 10 comprimidos de 1 mgr.

Frasco con 30 comprimidos de 1 mgr.

Frasco con 15 comprimidos de 2 mgrs.

Acetato de parametasona **SYNTEX**

AMPARADO POR LA MARCA **SYNTEX**, SIMBOLO DE INVESTIGACION Y CONTROL, Y FABRICADO CON LA GARANTIA Y EL PRESTIGIO DE **LATINO**

des zancadas se aproximó, gritando:

—¡Manuel! ¡Manuel!... ¿Conque durmiendo?, pedazo de gandul...

Y por detrás le atizó una patada en los riñones. El busto perdió el equilibrio y cayó de lado. La cabeza de Manuel quedó sobre un montón de esquirlas de granito, abierta desesperadamente la desdentada boca, como un anticipo de su calavera.

En los grises e inmóviles ojos, la ley del cielo ponía un amargo y helado destello.